

LA CAÍDA DE LA CASA DE USHER

Jamás Serafín alguno desplegó el ala sobre ningún edificio la mitad de bello.

II

Banderas amarillas, soberbias, doradas, flotaban y ondulaban sobre su remate; (Esto ocurría, todo esto, en los viejos, en los muy viejos tiempos.)

Y, a cada dulce brisa que soplaban en aquel grato tiempo, a lo largo de los muros empenachados y pálidos se desprendía un aroma alado.

III

Los viajeros que atravesaban ese hermoso valle, miraban, al través de ventanas luminosas, espíritus que se movían armoniosamente a los sones de un laúd bien templado; todo en derredor de un trono, donde, sentado, ¡un verdadero Porfirogénito! rodeado de un fausto digno de su gloria se mostraba como señor del reino.

IV

Y toda resplandeciente de perlas y rubíes era la puerta del hermosísimo palacio por la que salían a oleadas, a oleadas, y centelleaban incesantemente una turba de Ecos cuya grata misión era tan sólo cantar con acentos de exquisita belleza el talento y la sabiduría de su rey.

V

Pero criaturas malvadas vestidas de luto asaltaron la alta autoridad del monarca, ¡Ah! ¡Lloremos, porque ya nunca el alba de un mañana

brillará sobre él, el desdichado! Y en torno de su mansión, la gloria que se empurpuraba y florecía no es ya sino una historia, recuerdo tenebroso de las viejas edades difuntas.

VI

Y ahora los viajeros, en ese valle, al través de las ventanas rojizas miran vastas formas moviéndose fantásticamente a los sones de una música discordante, en tanto que, como un arroyuelo pávido y lúgubre, al través de la pálida puerta, una horrenda multitud se abalanza eternamente riendo... pues que ya no puede sonreír.

Recuerdo muy bien que las inspiraciones que nacieron de esta balada nos arrojaron en una corriente de ideas, en medio de las cuales se manifestó una opinión de Usher que cito, no por su novedad —puesto que otros hombres¹ pensaron de la misma manera—, sino a causa de la tenacidad con que la defendió. Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de todos los seres vegetales. Pero, en su imaginación trastornada, la idea había tomado un carácter aún más audaz, e invadía, bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras para expresar toda la extensión, toda la seriedad, todo el abandono de su convencimiento. Sin embargo, esta creencia se relacionaba (como ya lo sugerí) con las piedras grises de la mansión de sus antepasados. Aquí, las condiciones de la sensibilidad estaban cumplidas, según él se imaginaba, por el método que había presidido la construcción —por la posición respectiva de las piedras, así como por los numerosos hongos que las recubrían y los árboles enfermi-

¹ Watson, el doctor Percival, Spallanzani, y, especialmente, el obispo de Landaff.

EDGAR ALLAN POE

zos que se alzaban en torno—, pero sobre todo por la inmutabilidad de esta disposición y por su desdoblamiento en las aguas dormidas del estanque. La prueba —la prueba de aquella sensibilidad— decía él, estaba —y yo le oía hablar, sobresaltado— en la gradual pero evidente condensación, por encima de las aguas, en torno de los muros, de una atmósfera que les era propia. El resultado —añadía— se descubría en aquella influencia muda, pero importuna y terrible, que desde hacía siglos había, por decirlo así, moldeado los destinos de su familia, y que lo hacía a él tal como yo lo veía ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan comentarios, y no los haré.

Nuestros libros, los libros que desde hacía años constituían gran parte de la existencia espiritual del enfermo, estaban, como bien puede suponerse, en perfecto acuerdo con este carácter de visionario. Analizábamos juntos obras tales como el *Vertvert* y *La Chartreuse*, de Gresset; el *Belphegor*, de Maquiavelo; *Las Maravillas del Cielo y del Infierno*, de Swedenborg; el *Viaje Subterráneo de Nicolas Klimm*, de Holberg; *La Quiromancia*, de Robert Flud, de Jean d'Indaginé y de De la Chambre; el *Viaje por el Espacio Azul*, de Tieck, y *La Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición in-octavo del *Directorium inquisitorium*, del dominico Eymeric De Gironne; había pasajes en Pomponio Mela, a propósito de los antiguos Sátiros africanos y de los Egipcios sobre los cuales soñaba Usher durante horas enteras. No obstante, su principal delicia la encontraba en la atenta lectura de un rarísimo y curioso libro gótico in-cuarto —el manual de una iglesia olvidada—: las *Vigiliae Mortuorum secundum Chorum Ecclesia Maguntinae*.

Pensaba, a pesar mío, en el extraño rito contenido en este libro y en su influencia probable sobre el

hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente que lady Madeline ya no existía, me anunció su intención de conservar el cuerpo durante quince días, a la espera del entierro definitivo, en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del castillo. La razón profana que daba acerca de aquella singular manera de obrar, era una de aquellas razones que yo no me sentía con el derecho de contradecir. Como hermano —me dijo—, había adoptado aquella resolución en consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, en razón de una cierta curiosidad importuna e indiscreta de parte de los hombres de ciencia, y de la situación alejada del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del individuo que había encontrado en la escalera la tarde en que llegué al castillo, no sentí deseo de oponerme a lo que consideré todo lo más como una precaución muy inocente, sin duda, pero ciertamente muy natural.

A ruego de Usher, lo ayudé personalmente en los preparativos de aquella sepultura temporal. Colocamos el cuerpo en el féretro y entre los dos lo llevamos al lugar de su reposo. La cripta en la que lo dejamos —había permanecido cerrada durante tanto tiempo que nuestras antorchas, semiapagadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación—, era pequeña, húmeda, y no dejaba penetrar la luz; estaba situada, a gran profundidad, exactamente abajo de la parte del castillo que correspondía a mi recámara. Probablemente había sido utilizada en los viejos tiempos feudales como mazmorra, y, en tiempos posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia fácilmente inflamable, pues una parte del suelo y todas las paredes de un largo vestíbulo que atravesamos para llegar a ella, estaban cuidadosamente revestidas de cobre.

La puerta, de hierro macizo, había sido protegida de la misma manera. Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un sonido singularmente agudo y discordante.

Depositamos nuestro fúnebre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror; apartamos un poco la tapa del féretro que no estaba aún atornillada y contemplamos el rostro del cadáver. Llamó desde luego mi atención un parecido chocante entre el hermano y la hermana, y Usher, adivinando probablemente mis pensamientos, murmuró algunas palabras con las que me dio a entender que la difunta y él eran gemelos y que siempre habían existido entre ellos simpatías de una naturaleza casi inexplicable. Nuestras miradas, con todo, no permanecieron durante mucho tiempo fijas sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin espanto. La enfermedad que había llevado a lady Madeline a la tumba en la plenitud de su juventud, había dejado, como acontece ordinariamente en todas las enfermedades de carácter estrictamente cataleptico, la ironía de una débil coloración en el pecho y en la cara, y en los labios esa sonrisa equívoca y morosa que es tan terrible en la muerte. Colocamos la cubierta en su lugar y la atornillamos, y, después de haber asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo el camino hacia las habitaciones superiores que no eran menos melancólicas.

Y luego, después de un lapso de varios días llenos de amarga pena, se operó un cambio notable en los síntomas de la enfermedad moral de mi amigo. Sus maneras habituales desaparecieron. Descuidaba y olvidaba sus ocupaciones ordinarias. Erraba de estancia en estancia con pasos precipitados, desiguales y sin rumbo. La palidez de su rostro había tomado quizás un color aún más espectral; pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. Yo ya no escuchaba aquel to-

no de voz áspero de que usaba antes en ocasiones, y su pronunciación singularizaba habitualmente por un temblor que se hubiera dicho causado por un extremo terror. Me ocurría a las veces pensar que su espíritu, incesantemente agitado, era torturado por algún secreto asfocante, y que él no se sentía con el valor suficiente para revelarlo. Otras veces me veía obligado a pensar en que se trataba simplemente de las rarezas inexplicables de la demencia, pues lo veía mirar al vacío durante largas horas en actitud de la más profunda atención como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que me aterrara su estado, e incluso que me afectara. Sentía deslizarse dentro de mí, en una gradación lenta pero segura, la extraña influencia de sus supersticiones fantásticas y contagiosas.

Fue particularmente una noche —la séptima u octava a partir del día en que habíamos depositado a lady Madeline en la cripta—, y ya muy tarde, antes de acostarme, cuando experimenté toda la fuerza de estas sensaciones. El sueño no quería invadirme; las horas pasaban, pasaban siempre, una a una. Me esforzaba en buscar la causa de la agitación nerviosa que me dominaba. Traté de persuadirme de que, lo que experimentaba, se debía en parte, si no absolutamente, a la influencia trastornadora del melancólico mobiliario de la habitación: los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que empezaba, se movían de un lado a otro sobre los muros y crujían dolorosamente en torno de los adornos del lecho.

Pero mis esfuerzos fueron vanos. Un terror inconcebible invadió gradualmente todo mi ser, y a la larga una angustia sin motivo, una verdadera pesadilla, pareció apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con fuerza, hice un esfuerzo, traté de sacudirla, e, incorporándome sobre las almohadas y hundiéndome

dientemente mi mirada en la espesa oscuridad de la recámara, presté el oído —no sabría decir por qué, si no es que fui impelido a ello por una fuerza instintiva— a ciertos sonidos bajos y vagos que partían no sé de dónde, y que llegaban hasta mí a largos intervalos, al través de las pausas de la tormenta. Dominado por una sensación intensa de horror, inexplicable e intolerable, me vestí de prisa (pues sentía que no podría dormir en toda la noche), y me esforcé caminando de uno a otro lado en la habitación, en salir del estado deplorable en el que había caído.

Apenas había dado así unas cuantas vueltas, cuando llamó mi atención un paso leve, ligero, en la escalera. Pronto reconocí que eran los pasos de Usher. Un segundo después llamó suavemente a mi puerta y entró, sosteniendo en las manos una lámpara. Como siempre, su rostro era de una palidez cadavérica; pero había además en sus ojos una especie de insensata hilaridad, y en todas sus maneras una especie de histeria evidentemente contenida. Me espantó su aspecto; pero todo era preferible a la soledad que había soportado durante tanto tiempo y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto eso? —preguntó bruscamente después de unos minutos de silencio y después de haber mirado en torno suyo con una mirada fija—. Así pues, ¿no ha visto usted eso? ¡Pues espere! ¡Lo verá! —Al hablar así, y después de haber protegido cuidadosamente la lámpara que portaba, se precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tempestad.

Casi nos levantó del suelo la impetuosa furia de la ráfaga. Era en verdad una noche de tormenta terriblemente bella, una noche única y extraña en su horror y en su belleza. Probablemente se había concentrado un remolino en nuestra proximidad, pues había cambios fre-

cuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de las nubes, ahora tan bajas que casi pesaban sobre los torreones del castillo, no nos impedían apreciar la velocidad viva con que acudían las unas contra las otras desde todos los puntos del horizonte, en vez de perderse en la distancia. Su excesiva densidad no nos impedía contemplar el fenómeno. No obstante, no percibíamos ni a la luna ni a las estrellas y ningún relámpago proyectaba su fulgor. Pero las superficies inferiores de aquellas vastas masas de vapores agitados, y asimismo todos los objetos terrestres situados en nuestro estrecho horizonte, reflejaban la claridad sobrenatural de una exhalación gaseosa que pesaba sobre la casa y la envolvía en una mortaja casi luminosa y distintamente visible.

—¡No debe usted ver esto! ¡No debe usted contemplar esto! —dije, temblando, a Usher, y lo arrastré con suave violencia de la ventana y lo llevé hacia un sillón—. Estos espectáculos que lo sacan a usted de sí, son fenómenos puramente eléctricos y muy comunes, o quizás tengan su funesto origen en los miasmas fétidos del estanque. Cerremos la ventana; el aire está helado y es peligroso para su organismo. Aquí está uno de sus libros favoritos; leeré y usted escuchará; así pasaremos juntos esta terrible noche.

El antiguo volumen que había tomado en mis manos era el *Mad Trist*, de sir Lancelot Canning, pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste broma, triste chanza, porque, a la verdad, en su tosca y pobre prolijidad no era ciertamente un gran alimento para la alta espiritualidad de mi amigo. Pero era el único libro que tuve inmediatamente a mano, y abrigué la vana esperanza de que la agitación que atormentaba al hipocondríaco encontraría cierto alivio (porque la historia de las enfermedades mentales está

llena de anomalías de esta clase) en la exageración misma de las lecturas que iba a leerle. A juzgar por el aire de interés extraordinariamente tenso con que él escuchaba o fingía escuchar las frases del relato, hubiera podido congratularme del éxito de mi propósito.

Había llegado a aquella parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del libro, habiendo intentado en vano entrar pacíficamente en la morada del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, según todos recordarán, el narrador se expresa de esta manera:

"Y Ethelredo, que por naturaleza era de valeroso corazón, y que ahora, además, sentíase tan fuerte por causa del vino que había bebido, no esperó más para hablar con el ermitaño, cuyo corazón, a la verdad, era propenso a la obstinación y a la malicia; pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo que se desencadenara la tempestad, levantó por completo su maza y con algunos golpes abrió pronto un camino al través de las maderas de la puerta para su mano enguantada de hierro; y, tirando con su mano vigorosamente hacia él, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo que el ruido de la madera seca y que sonaba a hueco repercutió de una parte a otra del bosque."

Al final de esta frase me estremecí e hice una pausa, porque me pareció —aunque pensé luego que me engañaba mi excitada imaginación— que de una parte muy alejada de la mansión había llegado confundidamente a mi oído un ruido que se hubiera dicho, por su exacta analogía, que era un eco sofocado, sordo, de aquel ruido real de crujido, y de arrancamiento descrito tan cuidadosamente por sir Lancelot. Era sin duda la única coincidencia lo que había atraído mi atención, pues, entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y todos los ruidos confusos de la tempestad siempre creciente, el

sonido en sí mismo no tenía nada en verdad que pudiera intrigarme o turbarme. Continué la lectura:

"Pero el buen campeón Ethelredo, pasando entonces la puerta, se sintió grandemente furioso y maravillado al no ver rastro alguno del malicioso ermitaño, sino, en su lugar, a un dragón de monstruosa y escamosa apariencia, con lengua de fuego, que estaba de centinela ante un palacio de oro y cuyo suelo era de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo de bronce brillante con esta leyenda grabada encima:

El que entre aquí vencedor será;
el que mate al dragón el escudo ganará.

"Y Ethelredo levantó su maza y golpeó en la cabeza al dragón, que cayó ante él y exhaló su aliento pestilente con un rugido tan espantable, áspero y penetrante a la vez, que Ethelredo se vio obligado a taparse los oídos con las manos para resistir aquel terrible estruendo como jamás había escuchado otro parecido."

Aquí hice súbitamente una nueva pausa, esta vez con un sentimiento de violento asombro, pues ya no había duda posible de que había yo oído realmente (en qué dirección, me sería imposible adivinarlo) un sonido débil y como lejano, pero áspero, prolongado, singularmente agudo y chirriante; la contrapartida exacta del grito sobrenatural del dragón descrito por el escritor y tal como mi imaginación ya se lo había figurado.

Oprimido como me sentía evidentemente por esta segunda y sumamente extraordinaria coincidencia; oprimido también por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales dominaban un asombro y un terror extremos, conservé, no obstante, suficiente presencia de ánimo para no excitar con una observación cualquiera la sensibilidad nerviosa de mi amigo. No estaba completamente seguro de que él hubiera escuchado

los ruidos descritos, aunque ciertamente se había manifestado una extraña alteración desde hacía unos minutos en su actitud. Desde su posición primera, exactamente frente a mí, poco a poco había hecho girar su silla de manera a encontrarse sentado con el rostro vuelto hacia la puerta de la habitación; así, sólo podía yo ver parte de sus rasgos, aunque noté bien que sus labios temblaban como si murmurara alguna cosa inaudible. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, pero sabía yo que no estaba dormido; sus ojos, que yo veía de perfil, estaban muy abiertos y fijos. Por lo demás, el movimiento de su cuerpo contradecía también esta idea, pues se balanceaba de un lado a otro con un movimiento muy suave, pero constante y uniforme. Me di cuenta rápidamente de todo esto y reanudé la narración de sir Lancelot, que continuaba de esta manera:

"Y ahora, el buen campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, acordándose del escudo de bronce y recordando que el sortilegio había sido roto, apartó el cuerpo del dragón de su camino y avanzó valerosamente sobre el suelo de plata del castillo, hacia el lugar del muro donde colgaba el escudo, el cual, en verdad, no esperó a que llegase hasta él, sino que cayó a sus pies sobre el suelo de plata, con potente y terrible ruido."

No bien habían salido las últimas sílabas de mis labios, cuando —como si hubiese caído pesadamente un escudo de bronce, en ese mismo momento, sobre una plancha de plata— escuché el eco distinto, profundo, metálico, tintineante, si bien sordo en apariencia. Estaba yo completamente excitado; de un salto me puse en pie, pero Usher no había interrumpido su balanceo regular. Me precipité hacia la silla donde seguía sentado. Sus ojos permanecían fijos ante él, y toda su fisonomía estaba tensa por una rigidez como de piedra. Pero, cuando le puse la

mano sobre el hombro, recorrió todo su ser un violento estremecimiento, una sonrisa malsana asomó a sus labios y vi que hablaba en voz baja, muy baja —era un murmullo precipitado e inarticulado—, como si no tuviera conciencia de mi presencia. Me incliné hacia él y devoré al fin el horrendo significado de sus palabras.

—¿No oye usted? Yo... yo oigo... he oído durante largo tiempo... durante mucho tiempo... durante muchos minutos... durante muchas horas... durante muchos días he oído. Pero no me atreva... ¡ah! ¡tened piedad de mí!... ¡qué miserable e infortunado soy!... Pero no me atreva... ¡no me atreva a hablar! ¡La encerramos viva en su tumba! ¡No le dije a usted que mis sentidos eran extremadamente finos? Le digo a usted ahora que escuché sus primeros y débiles movimientos en el féretro. Los escuché —hace ya muchos días, muchos días— pero no me atreva... ¡no me atreva a hablar! Y ahora, esta noche... Ethelredo... ¡ja, ja! ¡La puerta rota de la ermita, y el grito de agonía del dragón y el estruendo del escudo!... ¡Digamos más bien el ruido del féretro al rajarse, y el chirrido de los férreos goznes de su prisión y su horrenda lucha en el pasillo abovedado de cobre! ¡Oh! ¿A dónde huir? ¿No estará aquí pronto? ¿No llega para reprocharme mi prisa? ¿Acaso no he escuchado su paso en la escalera? ¿Acaso no oigo el horrible y sordo latir de su corazón? ¡Insensato! —Diciendo esto se puso furiosamente en pie y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo supremo exhalara el alma—: ¡Insensato! ¡Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!

Y en ese mismo instante, como si la energía sobrehumana de su palabra hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y aráguas hojas de la puerta que Usher señalaba, entreabrieron lentamente sus pesadas mandíbulas de ébano.

Era aquella obra de un furioso golpe de viento, pero en el marco de aquella puerta se encontraba entonces la alta figura de lady Madeline Usher, envuelta en su sudario. Había sangre en su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba evidentes señales de una horrible lucha. Durante un momento, permaneció trémula y vacilante en el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó pesadamente hacia adelante sobre su hermano, y, en su violenta y definitiva agonía, lo arrastró con ella al suelo, muerto, víctima de los terrores que había anticipado.

Colmado de horror huí de aquel aposento y de aquella mansión. La tempestad estaba desencadenada aún con toda su furia cuando crucé la vieja avenida. De pronto, una luz extraña se proyectó sobre el camino y me volví para ver de dónde

podía salir una luminosidad tan singular porque no había detrás de mí sino el viejo castillo con todas sus sombras. El resplandor provenía de la luna llena, rojo sangre, que descendía, y que ahora brillaba vivamente al través de aquella fisura que antes era apenas visible y que, como ya dije, recorría en zigzag la construcción desde el techo hasta la base. En tanto que yo miraba, rápidamente se ensanchó esa fisura, pasó un furioso torbellino y el disco entero de la luna irrumpió de pronto ante mis ojos. Pareció que la cabeza me daba vueltas cuando vi partirse en dos y desplomarse los poderosos muros. Resonó un ruido prolongado, un tumultuoso estruendo como la voz de mil cataratas, y el estanque profundo y fétido situado a mis pies se cerró triste y silenciosamente sobre las ruinas de la Casa de Usher.

FIN

Gustavo Adolfo Bécquer.

Nació en Sevilla y quedó huérfano a los 10 años. Viajó por las principales ciudades españolas y gustó de todas las bellas artes. Murió en Madrid preparando la primera edición de sus obras, cuyo éxito no llegó a adivinar.

Bécquer es de todos los poetas románticos, el más puro lírico, el más delicado y el más agudo de todos ellos. Era paciente, sufrido, amante, resignado y bondadoso; nunca se le vió reír, sólo sonreír y llorar hacia adentro. Bécquer es subjetivo, en él todo es poesía interior y muy diferente a Heine, con quien lo han relacionado. Este autor es el único poeta que se salva para la posteridad porque su obra es sincera hasta la desnudez, es sencilla hasta el patetismo y es natural hasta la deshumanización.

Bécquer escribió leyendas, Desde Mi Celda (cartas literarias), rimas y artículos literarios, críticos y arqueológicos. En su obra se refleja un hondo sentimiento, producto de las penas físicas y morales de su corta existencia; sus rimas lo han inmortalizado y en sus leyendas sublimes se observa un tono candencioso y poético.

A continuación se te ofrece para tu lectura La Corsa Blanca, ya que es una de las mejores Leyendas de Bécquer, en ésta encontrarás los elementos románticos que se han mencionado.